

APUNTES NECROLÓGICOS



MIGUEL RICARDO BECERRO

Un joven, casi un niño, no puede tener propiamente historia; pero cuando en él concurren cualidades y circunstancias de excepcional mérito, bien pueden consagrarse á su memoria unas líneas, para lenitivo de la honda aflicción de sus padres y ejemplo de la juventud.

Copiamos, pues, de nuestro apreciable colega vitoriano *La Concordia*:

«El primogénito de nuestro querido amigo D. Ricardo Becerro de Bengoa ha muerto.

Cuando se creyó vencida la gravísima dolencia que hace pocos días tuvo al borde del sepulcro al pobre Miguel: cuando la esperanza, y con ella la tranquilidad, renacían en aquel hogar, hasta ahora venturoso, un golpe rudo, cruel, siega en flor una vida y desgarró los corazones de sus desdichados padres. ¡Triste epílogo después de tantos días de infortunio!

La mala nueva se supo el lunes en Vitoria por un telefonema y ayer recibimos una carta con detalles que admiramos. El desventurado Miguel, que el domingo cumplió 20 años, entregaba su alma á Dios el día 18 a la 1'35 de la madrugada, después de haber sufrido con tanta resignación la dolencia, que él mismo, conversando con su padre acerca de los deberes que como buen cristiano tenía que cumplir, pidió le llevara un sacerdote, con el que se confesó y al que contestaba dulcemente y con voz entera á las preguntas de ritual al serle administrados los Santos Sacramentos. Tranquilo, sonriente, esperando el último instante en lugar de temerlo, entró en la agonía conversando

amorosamente con sus padres y lacerando sus corazones con insistentes recuerdos sobre la otra vida, pues hasta el postrer momento conservó la lucidez en sus sentidos y se dió cuenta de todo.

¡Espectáculo imponente el reservado por el Señor á aquella familia! ¡Horas cruentas de inenarrable angustia para los que no abandonaron ni un minuto al que la muerte les arrebatava; siquiera su prolongado martirio lo compense la fundada creencia de que el hijo de su corazón, el amor de sus amores, estará gozando de la bienaventuranza eterna!

El cadáver de D. Miguel Ricardo Becerro, amortajado por los autores de sus días, fué conducido á uno de los cementerios de la corte ayer tarde á las tres para recibir cristiana sepultura.

¡Paz á sus restos y una plegaria por su descanso eterno!

Para su familia y en especial para sus infortunados padres D. Ricardo y D.^a Isabel Antolín, no ha de tener frases de consuelo quien para sí las necesita. Al perder brusca é inesperadamente al que tanto queríamos, al llorar con lágrimas sinceras su prematura muerte, acaso nos destroce la pena tanto como á sus padres, ya que éstos han visto resignados la tremenda desgracia y tienen la confianza de que enriquecen el arsenal de los elegidos, y nosotros, sin ese lenitivo, sólo recordamos á la Parca arrebatándonos un amigo cariñoso, un hombre que había de ser útil á su patria y á su familia.

*
* * *

Sin pretender, ni mucho menos, hacer una biografía del hijo del Cronista honorario de Vitoria, vamos á dar algunos datos, los pocos que el estado de nuestro espíritu nos permite.

D. Miguel Ricardo Becerro Antolín de Bengoa nació en Palencia el día 17 de Octubre de 1877.

Desde muy niño demostró facultades asombrosas para el estudio y una aplicación y amor á los libros poco comunes, que se vieron recompensados por honrosas calificaciones, pues aprobó todos los cursos del bachillerato con las censuras de sobresaliente, consiguiendo, además, no pocos premios.

Ahora cursaba el sexto año de la Facultad de Derecho, en cuya carrera seguía el brillante y envidiable derrotero que en su infancia Comenzara, pues las mejores notas las contaba por asignaturas y los premios aumentaban prodigiosamente á su paso por las aulas.

En poco tiempo se preparó para actuar en las oposiciones á la plaza de oficial cuarto vacante en la Secretaría del Congreso, habiendo conseguido, en reñidísima lid y por sus propios méritos, ocupar el primer lugar entre numerosos aspirantes.

Tantas bellas cualidades, con ser relevantes, quedaban relegadas á término secundario ante otras que fueron su característica; lo arraigadas que en él estaban las creencias religiosas, el amor profundísimo, respeto y veneración que sentía por sus amantes padres y el alejamiento absoluto de todo centro de recreo, donde á su edad se cree vislumbrar tantos placeres.

Su Dios, su familia y sus libros eran la trinidad que absorbía la atención de Miguel Ricardo. Vivió como un justo y como tal ha muerto.

¡Dichoso él que ha dejado este mundo sin conocer sus miserias y por todas partes labios que le bendicen, ojos que le lloran y corazones de los que salen, en armonioso conciento, elogios para lo pasajero y plegarias para lo eterno!»

*
* * *

Con posterioridad hemos visto que los funerales, celebrados en Madrid, han sido testimonio elocuentísimo de lo muy querido que era el finado y del general aprecio y consideración con que cuenta su respetable familia.

Reciba esta en su profunda pena, y muy especialmente nuestro querido amigo y colaborador D. Ricardo, la expresión del pésame más sentido.

